

CAPÍTULO 1: Llamada

El teléfono no paraba de sonar.

—¡Scheisse! —maldijo Vera, mientras con una mano bajaba el volumen del equipo de música y con la otra tanteaba a ciegas buscando el celular que vibraba sobre la mesa.

Le hizo gracia descubrir que, después de casi cincuenta años, seguía pensando en castellano, su lengua materna, aunque las puteadas ya le salían en alemán.

—¿Quién será a estas horas? —murmuró, mientras atendía con un seco:

—¡Kublitz!

Ese apellido, el de su exmarido, se le había quedado como un chicle pegado en el pelo, después del divorcio de hacía casi una década. El suyo, Olmos, solo sobrevivía en los documentos oficiales.

—Hola, profe —escuchó del otro lado, en castellano. Vera tuvo que hacer una rápida acrobacia mental para acomodarse al idioma—. Soy Gabriel Pérsico; estuve en un seminario de neurofisiología que usted dictó en Córdoba hace unos años... no sé si me recuerda.

Claro que lo recordaba. Médico joven, de unos treinta y cinco, que no paraba de hacer preguntas y tomaba notas con papel y birome, una verdadera rareza en plena era informática.

—Sí, claro —balbuceó Vera—, pero estas no son horas para llamar, ¿no?

Era curioso cómo unas pocas frases alcanzaban para que la lengua materna regresara, como andar en bicicleta o tocar el violín después de años.

Se hizo un silencio incómodo antes de que él respondiera:

—Disculpe, por favor... Aquí son las cuatro de la tarde. No tuve en cuenta la diferencia horaria. Pero me topé con algo increíble y necesito compartirlo con usted. Puedo llamarla mañana si prefiere...

—No, no —lo interrumpió Vera, con esa tonada argentina que volvía automáticamente pese a los cinco años vividos en Madrid—. Ya está, decime.

La voz de Pérsico se tensó, bajó un tono:

—Después de aquel posgrado estuve trabajando en diagnóstico por imágenes, en particular con resonancias magnéticas de cerebro. Y... encontré un patrón que se repite. Siempre, en todos los casos. Da igual la edad, el sexo, el nivel de instrucción. Incluso aparece en pacientes con tumores o malformaciones. El mismo patrón.

Vera de pronto se sintió irritada.

—Debe ser un problema de calibración del equipo —dijo, tratando de seguir siendo amable.

—Eso pensé yo también. Me acordaba de su ejemplo en clase, el caso del paciente diagnosticado con cavernomatosis múltiple que al final resultaron ser manchas en el colimador. Así que repetí los estudios en cuanto resonador pude conseguir en Córdoba. Y en todos, absolutamente todos, el resultado es idéntico.

Hizo una pausa. Vera notó que contenía la respiración.

—Ese patrón ocupa más del noventa por ciento del cerebro.

Un silencio denso se extendió entre los dos. Vera se descubrió cansada de golpe, con la urgencia de cortar.

—Mandame las imágenes y las miro cuando pueda.

Colgó. Y mientras subía de nuevo el volumen de la música, pensó que ser docente era como ser madre: una tarea de nunca acabar.

Volvió a sumergirse en la música hasta que terminó y se preparó para ir a la cama. Mañana tendría un día movido: supervisión de media docena de doctorandos —cada año venían más jóvenes, pensó, aunque sabía que no era eso; era ella, que cada año estaba un poquito más vieja— y luego una clase magistral que ya había dictado una docena de veces. Hasta podía anticipar las preguntas que harían los estudiantes, las mismas de siempre, con apenas variaciones en el tono o en la timidez.

Como buena alemana inmigrada, lavó y secó el único plato y los cubiertos, acomodó todo en la alacena y dejó preparada la mesa para el desayuno que tomaría sola. Sonia no estaba. Habría quedado en lo de Klaus. O tal vez en lo del padre, aunque este vivía en Leipzig, a hora y media de tren, con su nueva esposa y los mellizos, medio hermanos de Sonia.

Tardó en conciliar el sueño. Le pasaba siempre que Sonia no dormía en casa. Aunque solía avisar por texto, Vera nunca quedaba tranquila. Aun con diecisiete años, seguía viéndola como una niña. Sin decirlo, claro. Recordaba perfectamente sus propios diecisiete y el fastidio que le provocaba sentirse controlada por su madre. Claro que su madre —y también su padre— tenían sus propias historias, que Vera había más adivinado que conocido. Y ahora, en sus cincuenta, podía entender como preocupación protectora lo que en su adolescencia había sentido como vigilancia y control.

Mientras se revolvía tratando de abrazar el sueño que se le escapaba, la asaltaron recuerdos. El del tío apareciendo en casa una noche y diciéndole a su madre: “Tomala a Vera y subite al primer avión. Lo chuparon a Roberto del laburo y seguramente van a venir por vos”. Vera, con sus siete años y acurrucada en un rincón, no entendía qué era eso de *chuparon*, pero de algún modo entendió que papá no iba a volver. Luego vinieron los apuros: juntar algunas

cosas en una mochila, el taxi, Ezeiza, los trámites interminables hasta que finalmente pudieron subir al avión.

¿Adónde? Vera no lo sabía, y probablemente su madre tampoco. Solo se trataba de salir de ahí. *Ahí* era donde había transcurrido su vida hasta entonces: en casa con mamá y papá, los asados de los domingos con primos y tíos —los reales y los que solo se llamaban así—, las salitas rosa, verde, celeste y amarilla hasta llegar al traje blanco que la graduaba de “niña grande” que ya iba a la escuela.

Y el *adónde*, luego de varias escalas en las que Vera callaba, aferrando la mano de mamá y su osito de peluche con la otra, resultó ser Madrid. La capital de una España que apenas despertaba de una noche que había durado casi cuarenta años. Claro que entonces Vera no tenía idea del franquismo; solo sabía que, por fin, dormiría cada noche en la misma cama que la anterior, que habría otras niñas y niños como ella en una escuela parecida a la de Buenos Aires y que, aunque hablaban distinto, se podrían entender.

Su madre consiguió trabajo limpiando baños —una afrenta para una licenciada en Filosofía con doctorado—, pero había que comer, vestirse y pagar el alquiler. Al tiempo, unos amigos la ayudaron a ubicarse como ayudante de cátedra en la Complutense. Del papá que había quedado *ahí* nunca más se habló. Vera tampoco preguntó; quizá aterrada por lo que podría escuchar.

Y un día, pasados unos años, apareció. Sin su bigote ni su carcajada estentórea. Estaba arrugado y empequeñecido, pero era papá, y había regresado. Vera no preguntó dónde había estado ni qué había hecho: estaba de vuelta, y eso bastaba. Años más tarde lo lamentó, pero ya no tenía remedio. Horacio murió de un infarto fulminante a poco de cumplir los sesenta. Parece que los años en La Perla —el centro clandestino donde había estado desaparecido, a pocas cuadras de la casa de los abuelos, según pudo averiguar después— finalmente habían pasado su factura. Esta vez no hubo ausencia inexplicada: mamá se ocupó de que hubiera un velorio en

toda regla, a cajón abierto, para que Vera pudiera despedirse con certeza de su padre.

Por entonces, ella concluía su doctorado en Medicina, especializada en neurofisiología en la Humboldt. Llamada por su madre, tomó el primer vuelo a Madrid. Se recordó ahora de pie junto al féretro, con las oleadas de preguntas no hechas subiéndole por la garganta. Eso que yacía allí no era su papá: era un algo que solo se le parecía, como una foto o un muñeco de cera. Y que callaba, para siempre.

En los años siguientes, las no-respuestas a las preguntas jamás formuladas se volvieron cada vez más dolorosas. De día todo estaba en orden: Vera seguía su currículo académico con la disciplina alemana que había adoptado. Pero algunas noches eran interminables. ¿Qué había hecho papá? ¿Dónde había estado? ¿Qué le habían hecho? ¿Cómo consiguió salir? ¿A quiénes había traicionado? Esas preguntas regresaban una y otra vez.

Vera no tenía amigas; y, de haberlas tenido, no habrían entendido su angustia. Pensó en buscar ayuda profesional, pero necesitaba de alguien que hablara castellano. Los dolores profundos no pueden tratarse en otro idioma que el materno. Y, en Alemania, las psicólogas no abundaban; encontrar una hispanoparlante resultó ser misión imposible.

Un día, en la parada del tranvía que la llevaba de la *Uni* a su casa, vio un cartel que la apeló: “Tarotlegung”. Vera lo tradujo: ***Lectura de tarot.*** “Tal vez –pensó– conocer lo que me depara el futuro ayude a ponerme en paz con el pasado”. Y pidió una cita. Luego otra. Y otra. Con el tiempo lo dejó, decepcionada. Tampoco allí había respuestas. O quizá era ella la que no sabía formular las preguntas correctas.

Solo meses después se dio cuenta de que había conocido unos personajes –los arquetipos– que estaban presentes, de distintas formas, en todas las personas y culturas. Que una gran parte de los pensamientos, alegrías y dolores eran comunes. ***Inconsciente***

colectivo, lo llamaba Carl Gustav Jung. Y, extrañamente, descubrir que los otros sufrían con dolores semejantes empezó a aliviar los suyos. Como si saberlos compartidos aligerara la carga.

Tanto que llegó a formar una pareja estable, una familia, y engendrar una hija. Hasta entonces solo había tenido encuentros fugaces, del tipo *touch and go*, aunque algunos duraran varias semanas o incluso muchos meses. Con Günther parecía que sería distinto, aunque pronto entendieron que no duraría: ella era demasiado latina y él, demasiado alemán. Pero Sonia ya estaba en camino, de modo que esperaron juntos, pacientemente, hasta que la niña cumplió ocho años. Y luego, aprovechando una oportunidad laboral que se le presentó a Günther en Leipzig, se separaron amigablemente.

Todo eso le pasó por la cabeza en aquella noche insomne. Los recuerdos, las preguntas, el eco del padre y la sombra del país del que había huido.

Y ahora, esa llamada.

¿Qué habría encontrado ese muchacho? En un terreno tan explorado –más de un siglo desde los primeros electroencefalogramas y casi medio desde las resonancias–, cualquier novedad parecía improbable. Pero había algo en su tono, en esa mezcla de urgencia y fascinación, que la perturbaba.

Apagó la luz. El silencio del departamento la envolvió, espeso, apenas roto por el zumbido del refrigerador. Cerró los ojos, pero el sueño se le escapó otra vez. En su mente seguía resonando la voz del joven:

–Profe, tiene que ver esto.

¿Ver qué?

A esa hora no podía saberlo. Pero sintió –con la certeza inexplicable de los sueños o las pesadillas– que algo estaba a punto de empezar.